

Solo estoy, más sí creo.
Algo ensoñado y triste
va a nacer de la estela que perdiste.

Resbala de este a oeste
de espuma negra y de marfil la ola;
y en coloquio celeste
bogan violín y viola
y el violonchelo, náufrago, se inmola.

La dicha que arrebató,
la lágrima que asoma y nos redime,
la luz que ata y desata,
la esperanza que gime:
¿qué música hay que al alma no lastime?

Pena de amor, precisa,
indecisa, tu súplica fluctúa,
se ofrece ya, se irisa,
se esquivo, se gradúa,
diente a diente se ahinca y se insinúa.

Feliz al viento ondula
la frase en re bemol que amor engendra;
que en la espera que pule,
purifica y acendra
Penélope se abraza a Melisendra.

Pálido el infinito
cabe en la noche mágica del piano;
pálido y sin un grito.
Y ciega va la mano
como una luna errando en el arcano.

Sobre el arpeggio leve,
surtidor que en el aire se renueva,
canta una voz de nieve
el estupor de Eva
que en los jazmines su rubor comprueba.

Altos chapines calza,
en la cima del ámbito se olvida,
se desmaya, se alza;
a la muerte, a la vida
nos asume, nos ahoga y nos convida.

Gabriel, alma del mundo,
corazón de la ausencia y la distancia:
en ti su ardor profundo
concentra y su elegancia,
en ti llora y suspira toda Francia.

Aria

Oh, música anunciada que la noche esclareces,
noche tú misma ubérrima de estrellas y de pulsos,
oh donación sin límites en quien Dios se recrea,
oh divina entre todas las cláusulas humanas.

Fue en un principio el ruido. Los rayos y las piedras
no hallaban sus aristas de eficaz geometría.
Era el agua un problema de sólida mañana
y el caos bostezaba su gañido de espanto.

Y dijo Dios: «no quiero». Qué tremenda palabra.
La piedad de los cielos, consolando, negando.
Y del lecho vacío de la nada sin lengua,
adulto, esbelto príncipe, se edificó el silencio.

El silencio es el padre de la niña armonía.
Él la engendra y la cría de sus puras entrañas.
Aplicad el oído a la piel de la música.
Detrás de la sonata late el silencio cósmico.

Canta el hombre angustiado su destino en la tierra,
canta para espantar el miedo de los astros.
La mudez es él solo, perdurable estatuto.
Del preludio a la fuga corre un escalofrío.

Oh engaño el más sublime, más pulcro e inocente
que de la mano augusta del Eterno nos vino.
Por no mirar —doblándonos al brocal de suicidas—
nuestra imagen perfecta, lapidamos el pozo.

Onda tras onda nacen, crecen, mueren y vibran
tras ellas otras ondas y se pisan, suplantán.
Un instante en el aire fulge la arquitectura,
la mano quiere asirla: un puñado de viento.

Problemática, oh música, es tu extraña existencia.
¿Eres en el espacio, en el seno del tiempo?
¿Eres tú porque somos los hijos del capricho?
¿Te debemos la vida, oh madre derramada?

¿Te conocen las aves, los enigmas, los ángeles?
¿Las aguas del arroyo, los roces de las sedas?
¿Qué eres tú, cuerpo o alma, testamento o espíritu?
Cuando callas, tan bella ¿en qué nieve te duermes?

Ser una, diez, mil veces, es tu perfecto sino
paréntesis de gloria entre el cero y la nada,
celda deshabitada con la ventana abierta
por donde errara un día mariposa invisible.

«Quizás» de los amores, «Sí» de los nobles sueños,
bandera de la fe que azota, rasga el ábrego,

llaga que nos consuela, que nos besa en la llaga,
batir de alas felices recordando, volviendo.

Oh música de claras columnas verticales,
palacio transparente de giratorias lluvias
oloroso a resina de los bosques pretéritos,
a jirones de cielos azules, desgarrados.

Oh pantera infinita que el hígado nos muerdes,
revelación —tan súbita— de la palabra roja,
blasfemia de tres cuernos, pez negra en los oídos,
letanía errabunda sin bienaventurados.

A ti, eterna y efímera, presa en el tacto y vana,
quise entonar el aria de tu suerte probable,
herirte el fiel costado con mi espada de fuego,
con armas de ti misma comprobarte en tus límites.

A ti, madre o madrastra, quiero aplicar mis labios,
a tus senos que fluyen la leche de la amnesia.
Y que una noche fría me encuentren bien dormido
en un pliegue arrastrado de tu mano de reina.

Coda

¿Dónde estoy? Si fue sueño,
si la visión del piélago me olvida,
asido a un dulce leño,
prenda última de vida,
me guarece una dársena ceñida.

Y ya otra vez me encuentro,
me palpo y gozo en cálida escultura,
y hallo que soy el centro
de toda criatura.
y el cielo en torno rueda sin presura.

Gabriel, música tuya
es esta que me acuerda y que me calma,
corona y alleluia
que asciende de tu alma,

requiem de la esperanza y de la palma.
Maravillosas, fieles,
las blancas alas de las gaviotas
resbalando niveles
pliegan ya sus derrotas
en quieto acorde cándido de notas.

Tú en tanto, anciano y mozo
—viejos mostachos de color de bruma
o acariciando el bozo—,
ojos tristes de puma
o de leopardo, crédulos de espuma;

mozo siempre y anciano,
aboliste ya el tiempo que aún oprime
nuestro descielo humano,
y con latir sublime
tu sangre en el adagio el pulso imprime.

Sube lenta la luna
y enamorada de ella va la ola.
Hazme, padre, la cuna
sobre las aguas sola,
amargas aguas de tu barcarola.

La música, como la poesía, depende de su forma para conmover al lector. Debido a su origen común, hubo siempre el intento de dar al lenguaje poético una organización musical, especialmente con el simbolismo francés, época en la que la máxima de Verlaine *De la musique avant toute chose*, tan presente en el ánimo de Fauré, revela ya que la sonoridad ocupa el lugar de la palabra y comunica más inmediatamente el significado del poema.

Gerardo Diego quiere trasladar a su poesía la música juvenil y nostálgica de Fauré; por eso este poema, compuesto de acuerdo con la forma musical de la sonata, que responde al principio estético de la variación equilibrada, presenta una tonalidad elegíaca bastante uniforme y una sucesión de ritmos diversos. El poema ofrece una forma tripartita, análoga a la forma ABA musical, en la que la parte central es lenta, lo cual viene subrayado métricamente por el moroso discurrir del alejandrino, mientras las otras dos partes son más rápidas y variadas, según muestra el uso de la lira, estrofa de flujo y reflujo. Aunque cada sonata tiene sus propias reglas, el modelo de estructura tripartita y tres movimientos, ya establecido por Haydn y que perdura hasta hoy, es el que sigue aquí Gerardo Diego. Lo importante es que cada movimiento, sin dejar de coincidir en esa tonalidad nostálgica que unifica el poema, tiene vida propia y responden, en su variedad, a los distintos estados de ánimo.

La rapidez del primer movimiento, que suele ser el más importante y donde se establece el tema de la composición, propicia un ritmo acelerado en el que el oyente se deleita con los cambios de tonalidad introducidos por los abundantes paréntesis, interrogaciones y exclamaciones, formas de la función comunicativa, que tienen por objeto expresar una relación compartida entre el músico y el poeta. Fruto de esa relación empieza a darse una progresiva ascensión de lo concreto a lo abstracto, del mundo en que vive el poeta hasta la fusión con lo imposible de la música de Fauré, por eso este primer movimiento termina con el deseo de síntesis, de plenitud («Gabriel, alma del mundo, / corazón de la ausencia y la distancia: / en ti su ardor profundo / concentra y su elegancia, / en ti llora y suspira toda Francia»).